






VOLANDERAS


VÍCTOR GARCÍA ANTÓN





creative commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS
Reconocimiento-No Comercial-Sin obras derivadas 3.0

Usted es libre de **Compartir**, copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  **Reconocimiento** – Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que apoyó o apoyan el uso de la obra)
-  **No Comercial** – Usted no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  **Sin Obras Derivadas** – Usted no puede alterar, transformar o crear sobre esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.
- Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por la ley no se ven afectados por lo anterior.

© Editorial Tres rosas amarillas 2014
© Víctor García Antón

ISBN: 978-84-940703-8-9
Depósito Legal: M-30170

www.editorialtresrosasamarillas.com

*«Nos quieren en soledad, nos tendrán
en común».*





LA CASETA DEL HUERTO

Dos compañeras se han encerrado en las cocinas del Local para amarse. Como necesitamos las cocinas, la asamblea ha propuesto habilitar la caseta del huerto como recinto alternativo para las amantes. El espacio de la caseta del huerto no es, ni mucho menos, tan amplio como el de las cocinas. Pero acondicionada y bien limpia, la caseta puede resultar un lugar agradable para cuatro o cinco personas. Serán necesarios unos colchones, una despensa, mantas y almohadas, una estufa que funcione.

Habremos de convencer a las dos compañeras de que la caseta del huerto es tan buen lugar para amarse como las cocinas del Local y que, aunque es más pequeño, podrán establecerse en la caseta todo el tiempo que deseen. Quizás así, abran la puerta de las cocinas y se trasladen a la nueva ubicación.

Pero tardaremos todavía unos días en acondicionar la caseta. De manera que durante ese tiempo, salvo que las compañeras decidan darse un respiro, las meriendas vecinales se repartirán en la sala de baile.



LAS BUTACAS

Ayer conseguimos unas butacas en buen estado. Veníamos de visitar a unos compañeros al otro extremo del Barrio Alto. Alguien había tirado las butacas en un contenedor y las recogimos para llevarlas al Local. Como llovía mucho, íbamos en fila india con las butacas sobre la cabeza. Estaba oscuro, tan sólo veíamos la espalda del compañero que iba delante. Si el primero de la fila metía el pie en un charco, todos los demás metíamos el pie en el mismo charco.

A lo largo de la avenida del Barrio Alto nos cruzamos con varias parejas que hablaban a gritos. No les veíamos las caras pero sus conversaciones sonaban teatrales en medio de tanta lluvia.

Cuando dejó de llover hicimos un descanso. Todavía la acera era espaciosa, así que dispusimos las butacas en círculo y nos sentamos a fumar un cigarrillo. Una pareja con ropas elegantes venía riendo hacia nosotros. Aunque ya no llovía llevaban el paraguas abierto y su risa daba miedo.

Pensábamos que se reían de nosotros. Pero llegaron a nuestra altura y pasaron de largo sin ni siquiera vernos. Reían enfrentado sus caras, como si se insultaran. Eran tan forzadas las muecas, tan estrepitosas sus

carcajadas, que esperamos a que desaparecieran de nuestra vista para ponernos las butacas sobre la cabeza y continuar nuestro camino.

LAS VÍAS

Nuestro barrio y el barrio de La Ventura están separados por la vía del tren. Dos alambradas metálicas discurren paralelas a la vía para proteger a los vecinos del paso de los trenes. Como los vecinos de nuestro lado hacen negocios con los vecinos del otro lado, no hay mejor lugar para hacer los trueques que el espacio de la vía entre las dos alambradas metálicas.

Los vecinos de uno y otro lado llegan con los fardos muy de mañana. Colocan sobre la vía unas telas limpias con algo de fruta, patatas y verduras de los huertos. Más tarde aparecen los vecinos que intercambian sus muebles y enseres, alguna bicicleta o libros en buen estado. Los puestos de telas y sandalias son los últimos en llegar. Se instalan un poco más lejos, camino de la estación.

Somos muchos los que paseamos por las vías con una bolsa o un paquete pequeño en las manos. Echamos una ojeada a los puestos y esperamos el paso de los trenes. Si vemos algún conocido nos abrazamos efusivamente e intercambiamos información. A menudo se producen buenas discusiones y regateos sobre las vías porque los vecinos de ambos lados somos buenos comerciantes.

Cuando oímos el clamor de la sirena, nos retiramos de las vías. Los vecinos recogen sus puestos y el trueque se suspende al paso del tren. Los vagones cruzan veloces con la algarabía de la sirena. A menudo damos la bienvenida con los brazos en alto a los viajeros que nos saludan tras los cristales. No les conocemos y apenas distinguimos sus caras. Aunque no sabemos de qué barrio vienen, nos gusta saludar a los viajeros al paso veloz de los vagones.

Los domingos, por lo general, hay poco ajeteo en las vías. Casi no pasan trenes y los que vienen apenas llevan viajeros a los que dar la bienvenida. Los vecinos de uno y otro lado dedicamos los domingos a abrir nuevos pasos a través de las alambradas metálicas que discurren junto a la vía. Ellos de su lado y nosotros del nuestro. No aguantan mucho tiempo los pasos. La autoridad está empeñada en proteger a los vecinos del peligro de los trenes y no hay semana que no repare las brechas abiertas en las alambradas.

LAS VELAS

Raquel y Moussa han roto su acuerdo de convivencia. La situación es incómoda porque ambos son hijos del Local y no lo llevan de la mejor manera. Él ocupa una de las habitaciones grandes de arriba. Ella unas noches dormía con Moussa y el resto de la semana se iba a vivir con su segunda pareja, en la casa de adobe de la plaza del castaño viejo. Así lo pactaron hace tiempo y era Raquel la que andaba siempre de aquí para allá con su mochila.

La ruptura tiene consecuencias porque Moussa trabaja con Raquel en lo de las velas de soja que luego ella vende en el mercado de las vías. De eso viven. Se pasaban las tardes haciendo velas pero eso era antes de que rompieran el acuerdo. Desde entonces sólo se dirigen la palabra en la hora del desayuno. El rato del desayuno es un momento plácido en el que nos sentamos todos juntos. Y ellos lo aprovechan para lanzarse reproches.

Ayer Raquel se fue a pasar unos días con su segunda pareja. Moussa aprovechó para empaquetar las cosas de su compañera y llevarlas a la caseta de aperos. Nos dijo que no aguantaba la situación y que Raquel

debía marcharse del Local. «Esta es mi casa», dijo, «yo llegué primero».

No podemos mirar hacia otro lado, ni mucho menos tomar partido. Su manera de proceder afecta al grupo y de veras nos entristece. Pero no vamos a permitir que utilicen al colectivo para sus disputas personales. Es una cuestión de higiene y nos hemos de cuidar.

A la espera de un cambio de actitud en nuestros compañeros, hemos recuperado las velas de Raquel de la caseta de aperos y embellecido con ellas el Local, desde la cocina hasta las habitaciones. Llevan encendidas desde esta mañana. Queremos dejar claro que el modo de afrontar esta ruptura les incumbe sólo a ellos, pero afecta de lleno al colectivo. Tienen todo el tiempo del mundo. Al menos hasta que se apaguen las velas.

LA ESTUFA

Nuestras dos compañeras llevan varios días amándose en las cocinas del Local y no dan señales de vida. Estamos tranquilos, y a la vez algo inquietos, porque en la cocina hay comida para varias semanas.

Nada más concluir los arreglos de la caseta del huerto, hemos ido a conversar con las amantes. Les hemos dicho a través de la puerta que ya estaba acondicionada la caseta y que podían trasladarse allí cuando quisieran. No se oía nada al otro lado del tabique. Les hemos comentado que en la caseta del huerto había ahora mantas, colchones, almohadas y una despensa. Que no la iban a conocer de lo preciosa que estaba. No han dicho nada, pero se oía algún movimiento.

Desde el otro lado de la puerta, las amantes han preguntado a voces si había calefacción en la caseta del huerto. Les hemos respondido que todavía no. Que conseguiríamos la estufa la semana que viene. Las amantes han dicho que no creen en la semana que viene.

Hasta nuevo aviso, seguiremos repartiendo las meriendas vecinales en la sala de baile.



LUSITANIA

No tenemos noticias de Lusitania.

Hace tres noches nos llamó la gente de Barcelona diciendo que nuestro compañero no había llegado a Sants. Ellos acudieron a la estación según lo previsto, pero del tren no bajó ningún viajero con gorra que se pareciera a Lusitania.

Estamos intranquilos por la suerte de nuestro amigo. Lusitania no aparece ni da noticias y, además, fue iniciativa nuestra enviarle a las Jornadas de Barcelona.

Ayer avisamos a su nieto que, como es médico, parecía el más indicado para solucionar pleitos. Cuando llegó al Local, le mostramos el cuarto donde dormía Lusitania. Encima de su colchón había unas mantas bien plegadas, varios lienzos, ceras de colores y un bastón combado que él no usa nunca. No esperábamos encontrar nada nuevo, pero vernos todos allí, en el cuarto vacío, fue la confirmación de que Lusitania ya no estaba con nosotros. Su nieto hizo una llamada a unos parientes de Zaragoza. Fran preguntó a los amigos del barrio, pero nadie nos daba razón.

El nieto de Lusitania nos contó anoche, después de cenar, que a su abuelo le llaman así porque vino al

mundo en un vagón de tren, camino de Lisboa. Eso le da licencia para viajar gratis a Portugal cada vez que quiera. Al parecer, Lusitania ha sostenido siempre que no se le ha perdido nada en Lisboa y que, como él ha nacido en un tren, tiene derecho a moverse libre por cualquier lugar de la tierra donde lleguen las vías. Nosotros de eso no sabíamos nada.

¿Le habrán obligado a apearse en alguna estación ruinosa por no llevar billete? ¿Estará viviendo una aventura amorosa escondido en el compartimento de una pasajera nórdica?

No tenemos ni idea.

Después de acompañar a su casa al nieto de Lusitania nos pusimos a pintar murales en las paredes del Local. Algunos hemos estado toda la noche pintando murales. En uno de ellos se puede adivinar a Lusitania sacando la cabeza por la ventanilla de una locomotora, con el flequillo al viento, camino de una luna redonda. En otro mural, frente a los baños de abajo, aparece Lusitania en cuclillas, sin gafas y con su gorra, abrazado a un reno con una lengua enorme. Y aún hay otro mural sin acabar de un niño con gorra mamando de la teta grande de una mujer. La mujer es rubia y sólo lleva puesta una falda escocesa. Al niño le brillan los ojos, pero no se parece a Lusitania ni siquiera en una foto que le vimos de chico.

Mañana volverá al Local su nieto el médico. Quizá se quede a pasar la noche con nosotros. Inventaremos las etapas del viaje de Lusitania sentados frente a los murales. Nos harán falta algunos mapas y horarios de los trenes. Si alguien tiene planos de ferrocarril o una

idea del paradero de nuestro amigo que acuda al Local mañana por la noche.



LA TERRAZA

El jueves dismantelaron el mercado de la sal. Las tanquetas pasaron por encima de los puestos, la autoridad se lió a golpes con la gente que intentaba huir, la mercancía que no destrozaron fue requisada y hubo detenciones. A nuestro compañero Jona le reventaron la nariz con una defensa.

Volvimos al Local bajando por la avenida del Barrio Alto.

De camino pasamos junto a una terraza al aire libre, con sus sombrillas y los manteles blancos sobre las mesas. Los clientes comían sentados a la sombra. Aunque Jona llevaba un trapo ensangrentado cubriéndole la cara, nadie nos miró al pasar, parecíamos de otro planeta. Las risas de un grupo grande nos llegaban como insultos. Las conversaciones en sordina, una mano al aire para llamar al camarero, todo parecía borrarnos de aquel lugar. Cada gesto nos desmentía y la desfachatez de aquel teatro negaba cualquier acontecimiento por la mañana en el mercado de la sal.

Pero nosotros lo habíamos visto.

Así que nos dimos la vuelta y pasamos otra vez junto a la terraza, esta vez calle arriba, hasta un poco después de las primeras mesas. Nos bajamos los pan-

talones y les dimos la espalda. Cagamos y meamos a conciencia. Jona escupió por la boca la sangre que le quedaba.

Cuando vinieron a echarnos los camareros, cruzamos la avenida y nos sentamos en la acera de enfrente. El reguero de orines, mierda y sangre se escurría acera abajo hacia las mesas de la terraza, entre los zapatos de los clientes y los bolsos de las señoras amarrados a las patas de las sillas.

Los camareros echaron con diligencia unos baldes de agua sobre la acera. En la terraza los clientes siguieron como si nada. Disfrutaban de su comida con los orines y la mierda y la sangre corriendo bajo sus pies. Una brisa floja mecía los flecos de las sombrillas y el mantel blanco de las mesas. Pero la autoridad había detenido esa mañana a algunos compañeros en el mercado de la sal y nosotros lo habíamos visto.

LA MÁQUINA LANZAPELOTAS

Fran, del taller de carpintería, se empeñó en que construyéramos una máquina lanzapelotas. Le fascina el misterio de esos artefactos que escupen las bolas a un lado y a otro, sin descanso.

Le hemos ayudado con la carcasa, con los rodillos, con los discos rotatorios sobre los que oscila el cuerpo central. La peana la hemos reciclado de un perchero antiguo. Un compañero ha incorporado una dinamo. Las baterías se cargan con el pedaleo de una bicicleta estática a la que va unido el conjunto.

A primera vista, nuestra máquina lanzapelotas parece un carrito ambulante de helados. La hemos colocado en un rincón de la sala de baile. Como no tenemos pelotas de tenis, usamos naranjas. Dejamos caer una naranja en la cesta superior mientras Fran pedalea con furia en la bicicleta estática. Al rato, la máquina hace un ruido como si centrifugara y escupe la naranja donde le da la gana.

Estamos orgullosos de nuestro trabajo. Si hemos armado juntos una máquina lanzapelotas, podemos construir casi cualquier cosa. Sin embargo Fran no parece satisfecho. Nuestro compañero se pasa las horas pedaleando y lanzando naranjas contra la pared,

como si aún estuviera fascinado con su máquina lanza-
pelotas o pensara hacer unos arreglos.

ILUMINACIÓN

En el último consejo vecinal se ha conversado largamente sobre la iluminación de nuestro parque infantil. No ha habido consenso. Los seguidores de Lola proponen la instalación de un farol en la esquina del columpio. La hilera de bombillas de colores que rodea el parque infantil ofrece poca luz y el columpio queda en penumbra cuando llega la noche. Dicen los seguidores de Lola que no saldría caro. Y que la instalación del farol daría mayor claridad al parque además de iluminar el columpio.

Pero la propuesta tiene también sus detractores. Los amantes de la astronomía argumentan que, si se instala el farol de luz junto al columpio, ellos no podrán contar con claridad las estrellas. No les falta razón. El parque infantil es un espacio pequeño y ese es parte de su encanto en las noches de verano. El carrusel está situado a escasos metros del columpio. Y es allí, en el carrusel, donde los amantes de la astronomía se tumban boca arriba a contar las estrellas mientras el cielo da vueltas sobre sus cabezas.

El motivo de la instalación de un farol en la esquina del parque no se le escapa a nadie. Los seguidores de Lola necesitan buena luz para no perderse un detalle

de su magnífico cuerpo. La esperan cada noche tomando posiciones frente al columpio. Y basta que Lola llegue al parque con sus andares rotundos para que todos la aclamen. Después de saludar a sus vecinos, Lola se desnuda. Acomoda sus caderas anchas en el neumático del columpio y se agarra fuerte a las cadenas. Luego comienza a columpiarse atrás y adelante sin ninguna ayuda; primero con balanceos cortos y después, poco a poco, más amplios. Pero el momento en que más se echa de menos un buen farol de luz es cuando Lola separa las piernas. Sólo se oye el chirriar de las cadenas en el brillo del larguero del columpio. Lo demás queda en penumbra. Parece ser que, a la ida, Lola separa las piernas y, a la vuelta, las junta. Pero algunos sostienen lo contrario y nadie lo puede asegurar.

Una mujer ha advertido en el consejo vecinal que hay riesgo de que se partan las cadenas del columpio. Desde entonces, todos fantaseamos con ver algún día a Lola volando desnuda por los aires.

HIPÉRICO

Hay que avisar a los chiquillos del barrio de que no cojan más hipérico. Con lo recolectado tenemos linimento para varios inviernos.

El que quiera aceite de hipérico que lleve sus frascos de cristal donde Julia la curtidora el miércoles por la tarde. Luego habrá cena.



LAS TEJAS

Hemos organizado en el descampado un taller de tejas. Nos gusta modelar el barro, cortarlo en láminas, darle su forma cónica con ayuda de un molde. Nos ayuda Julián el tejero. También experimentamos con las tejas de colores.

Un vecino griego se ha apuntado al taller. Apenas habla nuestra lengua y cuando una teja no sale a su gusto, la tira al suelo y la pisa. «Poco práctica», dice. No importa que le animemos con lo bien que ha quedado su teja. Él la examina meticuloso y, si nota un defecto en un zócalo o ve una impureza en el barro, dice «poco práctica», la desecha y empieza de nuevo.

Nuestro vecino griego apenas logra en una jornada una o dos tejas de las que se sienta satisfecho. Los días malos, ninguna. Como nosotros no hablamos su lengua, tampoco podemos explicarle que una teja es una teja y todas valen lo mismo para la cubierta de nuestro Local. Pero es verdad que las tejas que indulta nuestro vecino griego son las más bonitas que hemos visto nunca.

Le hemos sugerido a nuestro vecino griego que cambie de tarea. Él ya no hace tejas. Ahora su cometido es dar el visto bueno a cada pieza. Si la teja le parece

defectuosa, se devuelve al inicio de la cadena para su molienda. Si pasa el examen, se apila en la carretilla para su traslado al horno.

Todavía desechamos la mayoría de las tejas. Pero cada vez somos más diestros. Ahora experimentamos con nuevos esmaltes y las azul cobalto nos están quedando realmente bellas.

EL FUNCIONARIO DE CORREOS

El lunes por la tarde no se abrió el Local porque acudimos a la casa del funcionario de correos al que habían despedido por la mañana. Disfrutamos de lo lindo. Hubo comida para todos y no faltó el vino ni los pasteles. Danzamos hasta agotarnos en el salón de su casa.

De madrugada, cuando a la gente le entró el sueño, fuimos en peregrinación a la oficina de correos. Hacía frío. El funcionario aún conservaba las llaves y pudimos pasar dentro y abrir las sacas. Echamos al suelo cartas certificadas, notificaciones judiciales, recibos de los bancos, correo comercial. Aunque había unas carretillas para transportar las montañas de papel, la mayoría preferimos usar las manos.

Hicimos una pira con el botín incautado y le prendimos fuego en el patio de la oficina. Ya era de día. El sol aún no calentaba pero el resplandor de la hoguera nos quitó el frío.

Antes de volver a casa, nos despedimos del funcionario de correos y le felicitamos por su nueva vida. El funcionario estaba a las puertas de la oficina, recostado sobre unos fardos de cartas que indultó de la quema. Se levantó, puso los fardos sobre una carretilla

y salió detrás de nosotros. Se le veía inquieto, como con prisa, con ganas de comenzar el reparto.

NICOLÁS

La primera vez que visitamos a Nicolás nos hizo pasar a la única habitación de su chamizo. Alguno le comentó que veníamos del Local junto al descampado pero no supimos si nos oyó siquiera. Trajo unos vinos y ofreció el sofá para que nos sentáramos. Él estaba al otro lado de la sala, trabajando con la cara pegada a su máquina de coser. De vez en cuando Nicolás hacía una pausa, le daba una calada a un cigarrillo olvidado junto a la máquina de coser y volvía a lo suyo. Intentamos varias veces trabar con él una charla. Un poco por ver si nos ayudaba a reciclar la ropa del Local y un poco también para romper aquel silencio incómodo. Aparentar una conversación animada hizo que nos sintiéramos superiores, educados. Y, al mismo tiempo, algo miserables pues no conocíamos de nada a Nicolás y le tratábamos con una cordialidad más propia de tenderos.

El segundo día que fuimos a visitarle no abrimos la boca salvo para saludar. Nos tomamos el vino y liamos unos cigarrillos mientras él trabajaba.

El tercero, después de observar cómo Nicolás cortaba retales de un montón de pantalones viejos, salimos a fumar a la puerta del chamizo. Hacía fresco y nos sentamos en el borde de la acera. Al rato, salió

Nicolás con un cestillo de judías verdes. Se sentó junto a nosotros y empezó a escoger las judías. Nos pidió tabaco. A ninguno se nos había pasado por la cabeza ofrecerle un cigarrillo. Dijo que le agradaba la gente que se sentaba en el suelo. Sólo cuando terminó de escoger la última judía se volvió hacia nosotros para conversar. Nos contó sus planes para ampliar la vivienda por la parte del atrás. Nosotros le hablamos del taller de tejas y de nuestro vecino griego. Fue una charla agradable.

Cuando ya nos íbamos, se presentó. Dijo que se llamaba Nicolás y nos estrechó la mano. Hasta aquel día nunca nos habíamos dado la mano. De vuelta al Local, coincidimos en lo bien que habíamos pasado la tarde con Nicolás y en que valía la pena probar a hacer cosas juntos.

COORDINACIÓN

El primer domingo de julio, mucha gente salió de su casa desnuda de pies a cabeza para pasear en bicicleta, comer a la sombra de un árbol o bañarse en las fuentes. En otras ciudades del Estado, en barrios lejanos entre sí, también las personas salieron a la calle y se unieron en las plazas para reír y bailar desnudas.

Fue un alboroto de cuerpos que no distinguía sexos ni edades.

Nosotros no participamos. Nadie nos dijo nada y no pudimos intervenir en esta iniciativa tan bella. Al día siguiente indagamos entre las personas que se habían reunido aquel primer domingo de julio. Queríamos aprender cómo se llevó a cabo una acción coordinada en los distintos territorios, si se había transmitido a través de los consejos vecinales o de algún otro modo. Parecía que todo el mundo estaba enterado del asunto menos nosotros.

Una semana después vimos pasar frente al Local a un anciano que aún iba desnudo. La barba gris se le confundía con las canas del pecho. Le preguntamos cómo se enteró de que ese primer domingo de julio era el día señalado para desnudarse y salir a festejar a la calle. El anciano se palpó los genitales y contestó: «¿ya estamos en julio?».



EL PONCHO

Al principio de acudir al Local, yo quería congraciarme con mis nuevos compañeros. Pidieron un poncho mexicano para las representaciones de teatro y, como yo tenía uno, me faltó tiempo para dejárselo prestado. Era un poncho de tela rasposa con unos flecos largos terminados en unas bolitas que se mecían al compás de cada paso.

Llegó el buen tiempo y no me devolvían el poncho. Nadie me dijo nunca: «gracias por el poncho, ¿nos lo prestarías una semana más?» o bien: «el poncho nos viene de maravilla, te lo devolveremos en cuanto terminen los ensayos». Yo quería congraciarme con mis nuevos compañeros pero no a cualquier precio. Recelaba de que usaran el poncho como si fuera suyo y yo me quedara sin él.

Una tarde me hice valer. Aprovechando que salían del taller de teatro, enfilé a uno de los compañeros y le dije bien claro: «necesito el poncho que os presté». Se encogió de hombros y me pareció oír que lo buscaría. Pero en los días siguientes, cada vez que el chico se cruzaba conmigo, no hacía mención al tema. Así que insistí de nuevo: «oye, ¿qué hay de mi poncho?».

Me lo devolvieron. Alguien apañó una casulla con la tela de un saco de escombros y se reemplazó por el

poncho en los ensayos de teatro. Yo, en cambio, me vi obligado a llevarlo encima cada vez que iba al Local. Me sentía como un idiota disfrazado con el poncho mexicano que daba tanto calor y atraía las miradas. Finalmente, dejé el poncho colgado en una percha de la sala de teatro con la esperanza de que desapareciera.

Nadie se lo llevó.

Ahora usamos el poncho mexicano cuando pintamos murales o encalamos las paredes del Local. Nos gusta pintar las paredes de las habitaciones una de cada color y el poncho nos sirve de cubretodo. Le hemos cortado los flecos, eran un engorro con los botes de pintura y nos poníamos perdidos.

EL APAGÓN

De esta manera jugamos al apagón y a nosotros nos divierte.

Terminada la cena en el Local, nos vestimos adecuadamente y hacemos sitio. Se apartan los vasos de vino, los ceniceros repletos de colillas, la mesa baja con esquinas que nos pueden lastimar. Cubrimos las ventanas con mantas para que no entre de la calle ni un ápice de luz. Después nos sentamos muy juntos en la colchoneta, con el babi abierto porque hace mucho calor. Cruzamos los brazos como niños obedientes. La maestra ha ordenado silencio y ninguno deseamos recibir un castigo ejemplar. No se oye ni una mosca. La maestra se pasea por el aula con un cigarrillo en los labios y nos mira. Todos sabemos que no se puede fumar en la clase pero ella lo hace porque le da la gana.

Cuando la maestra se da la vuelta, una niña que es muy mala le agarra la polla por debajo del babi al niño que tiene al lado. Él aparta la mano con disimulo y le susurra al oído: «¡que nos van a castigar!». Pero la maestra lo oye y nos apunta con el mango de su linterna. «Has sido tú, ¿verdad?». «No, señorita, yo no he hecho nada, de verdad que no he hecho nada».

Luego la maestra ha de explicarnos lo de la ave-

ría eléctrica que dejará el aula a oscuras durante unos minutos. Ella tiene que marcharse a hablar con el director. Debemos guardar silencio y no movernos de los pupitres mientras dure el apagón. «Si oigo una mosca, volveré y os castigaré a todos», debe decir.

La maestra hace como que se marcha, apaga la luz y el aula queda en completa oscuridad.

Es el momento que aprovechan los malos de la clase para tocarnos a fondo. Estamos a su merced. Saben que no les puede ver la maestra y, además, nos tienen ganas. Los buenos tampoco nos quedamos mancos porque nos van a castigar igual.

La única regla en esta fase del juego es guardar silencio absoluto, lo ha dicho la maestra. Por eso todo el mundo se mueve rápido. Unos sobre los otros. Sobándonos. Nadie sabe a quién pertenece esa mano exploradora, de quién es este coño que se aupa y huele tan bien.

Entre la sorpresa y el placer, alguien nota un dedo intrépido colándose en su culo. Se escapa un grito en la oscuridad de la clase. La maestra enciende de improviso la linterna y nos enfoca a la cara. «¡Quién ha gritado!», ha de decir muy cabreada, «¿qué estáis haciendo?». Nosotros nos protegemos de la luz de la linterna que nos ciega. Estamos sofocados. Aterrados. Nos cubrimos la cara con los babis y alguien responde que no hacíamos nada, señorita, nos hemos portado bien, se lo juramos. Pero a la maestra no hay quien la engañe y nos tiene que hacer preguntas. Los buenos de la clase acabamos chivándolo todo, los malos lo niegan, y esa es la parte del juego que más nos excita.

Antes de encender la luz y terminar el juego, la maestra ha de echarnos una buena bronca y hacernos prometer a pies juntillas que no volveremos a tocarnos si se va la electricidad.

Conviene tomar tranquilamente un vino y fumarse un cigarrillo antes de jugar de nuevo al apagón. El rol de maestra se pasa a otro compañero y así nos vamos turnando. Ahora los buenos queremos hacer de malos. Nadie dijo que se valieran los dedos en el culo y eso abre unas posibilidades difíciles de imaginar.



EL EXTRANJERO

Tenemos en nuestro Local a un extranjero. Llegó en su furgoneta. Está de paso y le hemos dado albergue por unas semanas.

Los primeros días intentábamos ser corteses con el extranjero. Le mostramos el huerto y nuestra fábrica de tejas, le dimos una vuelta por el barrio, le explicamos cómo se trabaja en la cocina o en el taller de reciclaje.

El extranjero resultó ser más cortés que todos nosotros. Se deshacía en halagos con cada descubrimiento y daba gusto cómo admiraba los calabacines del huerto o rompía a aplaudir en la junta vecinal.

Ahora procuramos tratarle como a uno más, pero el daño ya está hecho. El extranjero sigue tan adular como de costumbre y, cuando se va el sol, huye de nosotros y se encierra en su furgoneta. Allí pasa las horas escuchando la música de la radio hasta que se duerme. Sin duda queda agotado de sus buenos modales durante el día.

Anoche nos colamos en la trasera de la furgoneta cuando el extranjero se retiró a su refugio. No abrimos la boca. Él se quedó inmóvil, con las manos apoyadas en el volante y la mirada absorta en el para-

brisas. Acompañaba las canciones de la radio con una voz áspera que no le conocíamos y era como si la furgoneta se hiciese pequeña.

Tenemos que enmendar entre todos nuestro error de los primeros días. Si el extranjero elogia nuestras placas solares, hay que hacer como que no se le escucha. Si nos felicita por los tomates, debemos decirle que los recoja. Para que no agote la voz durante el día y pueda darlo todo en sus recitales nocturnos en la furgoneta.

LA INCURSIÓN

Anoche, las bandas juveniles hicieron una nueva incursión en nuestro barrio. Entraron en la escuela, en la torre del campanario, en las casas en ruinas del otro lado de la explanada. Unos vecinos les oyeron merodear junto a las placas solares.

Como no obtuvieron nada de valor, lo destroza-ron todo.

La autoridad ha venido esta mañana siguiendo el rastro de las bandas juveniles. Ha peinado el barrio puerta por puerta para ver si escondíamos a alguno de ellos en nuestras casas. Ha interrogado a nuestros hijos. Nos ha hecho salir a la calle para realizar los registros.

Como no ha conseguido lo que buscaba, lo ha des-trozado todo.



LA COOPERATIVA DE TABACO

El domingo pasado dedicamos la asamblea al proyecto de la cooperativa de tabaco. Es un tema que nos incumbe a todos. Si la cooperativa de tabaco funciona, mejorará la economía del Local que no pasa por sus mejores momentos. Por eso pusimos buen cuidado en escuchar la propuesta de Iván, en medir los pros y los contras, en prever los riesgos de una inversión que quizá nos venía un poco grande. Después de cinco horas de asamblea decidimos respaldar la propuesta de Iván sobre la cooperativa de tabaco.

Al día siguiente, por la noche, jugamos en el Local a los murales vivientes. Los prolegómenos fueron tan divertidos como de costumbre. Apagamos las luces de la sala de baile y encendimos unas velas. Nos liberamos de la ropa dejándola en un montón tras la puerta. Luego cada cual se entretuvo a su manera: unos bailaban, otros se acariciaban en pequeños grupos y el resto fumaba o bebía sobre las colchonetas observando los cuerpos desnudos en movimiento.

Cuando las compañeras dejaron los botes de pintura en el suelo, hicimos un círculo alrededor y apagamos las velas. Alguien había puesto música suave. No hay nada más estimulante que pintar con las manos y que te

pinten, trazar consignas a ciegas en las pieles desnudas, embellecer los culos anónimos con figuras enigmáticas. De este modo pasamos la noche hasta sentir nuestros cuerpos ungidos de señales y deseo.

Encendimos las luces para contemplar los muros vivientes antes de seguir la fiesta.

No hizo falta que nadie dijera nada para que todos nos volviéramos hacia Iván y mirásemos nuestras manos. Él estaba en el centro de la sala y tenía todo el cuerpo embadurnado de rojo. Nada más que rojo desde el cuello hasta los tobillos.

Sin decir una palabra, buscamos nuestras ropas y nos fuimos.

Una cosa así puede suceder y no es grave. Volveremos a pintar de colores nuestros cuerpos desnudos. Pero a nadie se le escapa, incluido el propio Iván, que hemos de replantearnos el asunto de la cooperativa de tabaco.

APOYOS

Se suceden los apoyos a la iluminación de nuestro parque infantil. Una vecina está tejiendo unas medias de lana para regalárselas a Lola cuando llegue la luz al columpio. Un hombre mayor ha donado un kimono chino para que Lola se cubra en los descansos. Nosotros queríamos sondear al coro de Góspel. Necesitamos el consenso del parque en un tema tan peliagudo.

El coro de Góspel ensaya en el tobogán. Les hemos preguntado su criterio sobre la instalación del farol de luz. Sea porque les hemos interrumpido el ensayo, sea porque Lola tiene más público que ellos en las noches de verano, ni siquiera se han dignado a bajar del tobogán. Desde lo alto han dicho que nos vayamos al cuerno. Y que si nos hemos encaprichado con el vaivén desnudo de Lola, nos traigamos unas linternas y no fastidiemos el juego de los demás.

Por otro lado, el grupo que organiza sus cenas en torno al balancín ha aprovechado el barullo para hacer otras propuestas. A ellos les da lo mismo que el columpio tenga luz porque el balancín queda al otro extremo del parque, junto al terrario. Pero todos sabemos que algunas noches, cuando acaba la cena en el balancín y

llegan los cafés, alguno se escapa al columpio de Lola en lugar de quedarse a la tertulia.

Aún no hemos escuchado a Lola su parecer sobre la iluminación del parque infantil. Ella es más dada a regalar su cuerpo que a las controversias. Cada noche, cuando termina su balanceo en el columpio, Lola se viste, hace una larga reverencia delante de los vecinos y acude a recoger a sus hijos al terrario.

En el terrario, los críos juegan a sus cosas con otros críos. Y se quedan dormidos sobre la arena cuando les entra el sueño.

LA AVERÍA

Fran sigue rendido ante el misterio de su máquina lanzapelotas. Se pasa las horas en la sala de baile con la oreja pegada a la carcasa y haciendo pruebas.

Con el paso de las semanas, la máquina lanzapelotas ha variado de comportamiento. Al principio colábamos una naranja en la cesta superior y ella la escupía con fuerza donde le daba la gana. Ahora no escupe nada. Se traga la naranja y suena un chiflo que más bien parece un suspiro.

A Fran estos cambios no hacen sino estimularle. Se pasa el día auscultando la máquina. Introduce una naranja en la cesta superior y se pone a dar pedales como un loco. Luego pega la oreja a la carcasa y escucha el chiflo. Por los bajos de la peana cae un hilillo de zumo que Fran recoge en un plato.

Le hemos dicho a nuestro compañero que la máquina lanzapelotas se ha averiado y sería bueno reciclarla. La sala de baile empieza a oler a podrido y nos estamos quedando sin naranjas. Pero Fran hace oídos sordos a nuestros comentarios y sigue fascinado con las pruebas. Quiere saber dónde quedan los restos de naranja. Su idea es atornillar un canalón en el estómago de la máquina para que alivie por ahí las mondaduras.



LA MALETA

El campo de fútbol junto a la escuela está invadido de malas hierbas. La maleza crece a ojos vista, en especial detrás de las porterías. Los niños se pierden en los recreos y el maestro tiene que ir a buscarlos con un silbato.

Se habló de ello en la junta vecinal. El maestro y sus alumnos necesitaban ayuda para limpiar de maleza el campo de fútbol. Así pues, el domingo por la mañana cada vecino acudiría con una azada, una guadaña o unas tijeras de podar y entre todos dejaríamos desbrozado el campo de fútbol de la escuela. «Si somos muchos», dijo alguien, «podemos terminar el trabajo en un solo día».

Pero nadie contó con la maleta.

Alguien la descubrió el domingo entre las hierbas de la portería sur, cuando aún no eran las nueve y faltaban por llegar niños y vecinos para el inicio del trabajo. La maleta era de cuero y olía a pis de gato. En su interior había una colección de pelucas y barbas postizas. Dejamos las azadas y nos pusimos a examinar las pelucas. Nos las probamos e intercambiamos todas, y también las ropas. Según llegaba la gente, crecía el alboroto. Las pelucas de colores llamaban a hacer cabriolas. Una Federica Montseny con la melena por la

cintura retó a duelo a una niña. Hubo que llamar al maestro porque la niña lloraba. La conversación se animó, las voces nos salían atipladas o graves según la longitud de la barba. A media mañana, Bakunin y Tolstoi comandaron una expedición por lo más intrincado de la selva. Íbamos sin mapas. En la expedición hallamos una tortuga y a varios niños tocándose sobre una manta. Volvimos radiantes al campamento base. Las barbas picaban pero no nos las quitamos ni a la hora de la merienda. Cuando se hizo de noche recogimos las azadas, las guadañas y el resto de útiles para desbrozar. No dio tiempo a más, así que dejamos allí la maleta.

Se ha extraviado un rastrillo con el mango roto y una falda blanca con florecillas marrones. Si alguien los recogió que se acerque a la escuela o los lleve el domingo que viene. Quedaremos otra vez a las nueve para limpiar de maleza el campo de fútbol.

EL ABANDONO

Anoche, a la hora de acostarnos, Iván anunció que abandonaba el Local para establecer su proyecto de la cooperativa de tabaco con otra gente.

Esta mañana ha bajado a desayunar con un saco de arpillera medio lleno y lo ha dejado junto a la puerta. Nada más terminar su desayuno, Iván se ha despedido de nosotros. Ha cogido su saco de arpillera y se ha marchado.

Hasta la hora de comer nadie ha comentado nada sobre la salida de Iván. Llevaba años con nosotros y tenemos algunos recuerdos de lo mucho que hemos pasado juntos.

Nos hemos dicho que Iván va a sacar adelante su proyecto de la cooperativa de tabaco.

Nos hemos dicho que habría que dar una vuelta por las habitaciones y el cuarto de la lavadora por si Iván se hubiera dejado algo.

Nos hemos dicho que después de la cena podríamos bajar los sacos y dormir todos juntos en la sala grande.



CAMPANADAS

En la asamblea interbarrios de ayer, la comisión de campaneros hizo las siguientes propuestas:

-Mantener los avisos de campana que cada barrio tenga establecidos (de fuego, de difuntos, de incursión de la autoridad, de llamada a la junta vecinal).

-Unificar el huso horario de los distritos.

La segunda propuesta no tuvo consenso por lo que, como viene siendo costumbre, cada barrio amanecerá a su hora.

Ante la queja de algunos representantes de que las campanas de los barrios limítrofes confunden a sus vecinos, se ha decidido asignar un repique exclusivo a cada campanero. Todos los avisos se iniciarán con dicho repique. De esta manera tendremos localizadas las incursiones de la autoridad y cada barrio podrá tañer sus campanas cuando le venga en gana.



SOMBRAS CHINESCAS

Jugamos de esta manera a las sombras chinescas y a nosotros nos encanta.

Se cuelga una sábana blanca a modo de pantalla en un extremo de la sala grande del Local. El espacio entre la sábana y la pared debe ser amplio para facilitar el movimiento libre de los cuerpos. La pantalla se ilumina por detrás con velas a diferentes alturas y el resto de la sala queda en penumbra.

Ponemos algo de música y nos sentamos en las colchonetas a beber y conversar. Cuando a alguno de nosotros se lo pide el cuerpo, se levanta, pasa tras la sábana e improvisa una danza. Del lado de las colchonetas nos recreamos con el juego de las sombras sin que por ello se interrumpa la charla. Del otro lado se disfruta la libertad de no saber que se sabe bailar. Cada uno danza por su propio placer y no caben los aplausos ni las reverencias

A menudo se baila en parejas o tríos. Hay quien se disfraza con un sombrero, un chaleco o una boa de plumas, pero desnudo se disfruta mejor del tacto de la sábana y de los otros cuerpos.

Las sombras chinescas ganan en belleza cuando alguno de los compañeros es nuevo en el juego. Al prin-

cipio no se atreve a bailar y apenas presta atención a la charla. Intuimos en su cara la preocupación y el asombro. Cuando por fin se decide, el nuevo se levanta y su sombra se hace enorme al otro lado de la sábana. Nos fascina la intimidad de sus gestos, su delicada desenvoltura. Al terminar la danza se sienta agitado en la colchoneta y pide agua. Los demás le observamos en silencio y él responde a nuestras miradas con la sonrisa de la victoria.

Después de unas horas, casi todos hemos pasado tras la sábana. Hay un desorden de cuerpos, se baila en toda la sala. Es el momento de retirar la sábana y sugerir otros juegos.

EL GRILLO

No hay noticias del grillo del castaño viejo. Llevamos varias juntas vecinales sin oírle cantar. Nadie sabe de su paradero. Hemos batido los alrededores del castaño, hemos preguntado a los enfermos con el oído más fino y no hay ni rastro de nuestro grillo.

Le echamos de menos porque amenizaba las juntas de nuestro barrio alrededor del castaño viejo. Era un placer escuchar al grillo después de cada turno de palabra. Su canto pautaba las intervenciones y nos permitía disfrutar de los silencios.

Ciertos vecinos dicen que el grillo sigue ahí, escondido en sus galerías subterráneas, y que no canta porque últimamente no tomamos decisiones. Pero estos vecinos son un grupo minoritario. Todos sabemos que hay decisiones que llevan su tiempo.

Parece ser que los grillos son tan longevos que no se mueren nunca. De manera que nuestro grillo tiene algo que decirnos o se ha perdido. Si algún vecino lo escucha de madrugada, que le siga el rastro y no lo pierda. Quizá llevemos demasiado tiempo alrededor del castaño viejo y el grillo ha encontrado un mejor emplazamiento para nuestra junta vecinal.



EL INVITADO

Llevamos meses haciendo tejas de colores para la cubierta de nuestro Local. Es un trabajo detallista y nos gusta poner cuidado en la terminación de cada pieza. Aunque el proceso es lento y todavía deseamos muchas tejas, la cubierta nos está quedando realmente hermosa.

Algunos vecinos nos ayudan los domingos con las tejas. Es una manera de trabajar juntos y de hacer vínculos. Cuando alguno se desespera con el ritmo lento y se pone nervioso y trata de ganar tiempo en la terminación de cada teja, le invitamos a pasar la tarde con nuestro amigo Nicolás el trapero.

La visita a la casa de Nicolás no ha variado mucho desde las primeras veces, aunque ahora somos nosotros los que ponemos el vino. Cuando llegamos con nuestro invitado, Nicolás está trabajando al fondo de la sala, de pie y con la cara pegada a su máquina de coser. Levanta la cabeza y con ese gesto nos da la bienvenida. Nosotros nos sentamos en el sofá junto a los fardos de telas, con los vinos entre las piernas y sin decir una palabra.

Más pronto que tarde, nuestro invitado trata de iniciar una conversación con Nicolás. Le pregunta por

el número de retales necesarios para completar una manta. Le pregunta si se gana uno bien la vida como trapero. Alguno muy educado llega a sugerir que la sala está decorada con un gusto personal. Como es de esperar, Nicolás no contesta a las preguntas. A lo sumo nos echa una ojeada mientras da una calada al pitillo y enseguida vuelve a su trabajo en la máquina de coser. Después de algunos intentos, nuestro invitado calla.

Cuando nos cansamos de mirar a Nicolás, salimos con nuestro invitado al porche. Nos sentamos en el borde de la acera y fumamos un cigarro.

Nicolás se reúne con nosotros cuando acaba su trabajo. «Me gusta la gente que se sienta en el suelo», acostumbra a decir. Y nosotros sabemos que es su modo de agradecer la visita. Solemos contemplar a la gente que pasa y, por lo general, nadie comenta nada. Ni siquiera el invitado comenta nada. Esperamos a que se haga de noche para dar por terminada la reunión.

Al despedirse, Nicolás suele hacer un aparte con nosotros. Con un gesto nos dice si el invitado que hemos traído esa tarde va a continuar ayudándonos con las tejas los fines de semana. Ignoramos cómo lo hace, pero no se equivoca nunca.

ELENA DE TEATRO

Elena de teatro ha perdido totalmente la voz. Pensábamos que la causa de la afonía eran los ensayos de la nueva obra, pero el médico joven le ha diagnosticado todo lo contrario: nuestra compañera ha perdido la voz de tanto escuchar bobadas.

Elena se gana un sueldo en el Barrio Alto cuidando a los niños de una familia rica. Al parecer, cuando los niños se van al colegio, la señora de la casa se sienta con Elena en la cocina y le pone la cabeza como una olla de grillos contándole todo tipo de trivialidades. El médico joven le ha dicho que escuchar muchas bobadas, una detrás de la otra, va sorbiendo la voz. Y Elena necesita la voz para el teatro, que es su pasión.

Nuestra compañera nos ha escrito en un cuaderno que va a consultar al médico viejo. No cree que atender a alguien unas horas al día pueda afectarle la voz. Nosotros, por si acaso, vamos a cuidarnos mucho de la gente del Barrio Alto, no vaya a ser que, por hacernos los simpáticos, le acabemos perdiendo el gusto a follor o a hacer tejas.



LA ALAMBRADA

La autoridad se ha propuesto reforzar las alambradas metálicas que discurren a lo largo de las vías. Los domingos, los vecinos de uno y otro lado abrimos nuevos pasos en las alambradas para charlar y hacer negocios. Durante la semana, la autoridad los cierra.

En su empeño por proteger a los vecinos del paso de los trenes, la autoridad ha reforzado las alambradas con barrotes de acero. De manera que necesitamos un grupo electrógeno para cortar los barrotes y seguir abriendo pasos.

Algunos dicen que no merece la pena jugar al ratón y al gato con la autoridad en lo concerniente a la alambrada que separa nuestros barrios. Argumentan que es complicado cortar los barrotes cada domingo y que no conseguiremos nada pues la autoridad los soldará enseguida.

Quizá tengan razón, pero nosotros seguiremos abriendo pasos en las alambradas. No solo por la necesidad de hacer negocios con nuestros vecinos del otro lado de las vías, sino por la dicha íntima que produce ganar la partida a la autoridad cada semana.



LA CHARLA

La idea de la charla surgió de manera espontánea. El maestro necesitaba tomarse el día libre y, como no había quien le sustituyera, nos pidió que diéramos una vuelta por la escuela. Puesto que íbamos a pasar unas horas con los alumnos, pensamos que mejor organizar una charla.

Llegamos a primera hora, antes que ninguno de ellos. Dispusimos las sillas en círculo para vernos todos las caras. Uno de nosotros escribió en la pizarra, bien grande, el nombre de la charla. Según iban llegando los alumnos, les preguntábamos sus nombres. Es mucho mejor dirigirse a los alumnos por sus nombres. Cuando estuvieron todos sentados en círculo, les dijimos que no iba a venir su maestro y que, si les parecía bien, dedicaríamos la mañana a charlar sobre algunos temas que les interesaban.

No les pareció bien.

Uno de los más pequeños se levantó y dijo que él prefería seguir con los disfraces para la fiesta de la escuela. Los demás levantaron la mano en señal de aprobación. Sin más, apartaron las sillas. Había un estante con tijeras, botes de pegamento, telas de colores y cartulinas. Cada cual cogió lo que necesitaba y se tiraron al suelo a trabajar en sus disfraces.

No sabíamos dónde situarnos. Hasta la mesa del maestro estaba ocupada por un grupo que recortaba trocitos de tela con formas de planetas. Como nos aburríamos, uno de nosotros se acercó a otro grupo de alumnos recostado al fondo, junto a los percheros. Se puso en cuclillas y preguntó qué podía hacer para ayudar con los disfraces. Es bueno ponerse a la altura de los alumnos cuando se les habla. Le miraron como si no entendieran nada y volvieron a lo suyo.

Huimos del aula con el mayor sigilo. Nos faltaba práctica, no era culpa de ellos. Pero no es conveniente dejar a los alumnos mucho tiempo solos. Así que nos fuimos a comprar una botella de vino y, al volver, encontramos junto a la puerta del aula una maleta abierta que olía a pis de gato. Había dentro algunas barbas y una peluca postiza. Disfrazados con las barbas, nos decidimos a entrar de nuevo al aula. Aún se notaba el olor a pegamento, pero los chicos se habían cansado de hacer disfraces y ahora jugaban a algo parecido a los cuadros vivientes. Nos dieron la bienvenida entre risas y eso hizo que nos sintiéramos bien. Elegimos un espacio libre y nos sentamos a beber el vino. Con las barbas postizas y los vasos en la mano, también nosotros componíamos un magnífico cuadro viviente. Al final de la mañana se acercó una niña y, en voz baja para no molestar, nos preguntó por el orden de los colores de la bandera francesa.

EL CEMENTERIO

Se ha comentado el asunto en más de una junta vecinal. Llevamos tanto tiempo sin limpiar las malas hierbas del cementerio que ya no sabemos dónde quedan nuestros muertos.

El problema es que a nadie le apetece desbrozar el cementerio en primavera, cuando las hierbas aún están verdes y cuesta arrancarlas. Luego, en invierno, el trabajo es más pesado por el frío y tampoco nos apetece. Habría que establecer turnos para el arreglo de la entrada y las zonas comunes, dicen; limpiar de rastros los bordes de las tumbas con la perfiladora; cubrir los senderos con arena compacta para que no vuelvan a crecer las hierbas.

Pero, de momento, nadie quiere ponerse con la tarea.

Otros vecinos añaden que en el cementerio de nuestro barrio la vida se está comiendo a la muerte. Se tarda horas en dar con la lápida de un amigo y a veces uno se equivoca. Las tumbas más antiguas han desaparecido bajo la broza. En algunos lugares la vegetación es tan tupida que es difícil dar con el camino de vuelta.

Quizá no merezca la pena tanto esfuerzo. Es cierto que el lugar sería más agradable limpio de vege-

tación y hierbas pero, con las cosas que hay por hacer en el barrio, nos preguntamos si no hay otro rincón para pasear que el dichoso cementerio.

EL COLUMPIO DE LOLA

La semana pasada el parque infantil amaneció con escarcha y un farol de luz junto a la esquina del columpio. No sabemos qué vecino ha tomado la iniciativa, aunque tenemos nuestras sospechas.

Ahora el columpio está iluminado por la noche y podemos disfrutar del balanceo rítmico de Lola sin perdernos un detalle. Pero Lola ya no se columpia desnuda como antes. Ignoramos si los cambios se deben al farol de luz o a la llegada del frío. Lo cierto es que, en las últimas actuaciones, Lola se balancea con un abrigo cerrado hasta las rodillas, unas medias rojas de lana y sus zapatos de bailarina.

Ya no separa las piernas cuando se columpia. Ni a la ida cuando se da impulso, ni a la vuelta como otros decían. Pero los vecinos seguimos fieles al juego. Y algunos, cuando el balanceo llega a lo más alto, cerramos los ojos y nos dejamos llevar por el sonido arrullador de las cadenas en el larguero del columpio.



LA MARÍA

Ha volado nuestra cosecha de maría para todo el invierno. Estaba plantada en unos macetones enormes, pero alguien dejó abierta la caseta de aperos y nos han robado las plantas de maría delante de nuestras narices.

Elen de reciclaje vio ayer a una cuadrilla de jóvenes merodear por las habitaciones de arriba. Subió a guardar unos botes de pintura que alguien dejó abiertos por descuido y se los encontró de frente. Dice que nunca les había visto por el Local y que actuaban con soltura. No se le ocurrió preguntarles nada.

Moussa vio a los mismos chavales meterse en la caseta de aperos y arrastrar las macetas hasta la puerta del local. Uno de ellos llevaba el pelo muy corto y le pareció atractivo. Tampoco les dijo nada. Se llevaron la maría con tanta naturalidad que parecía que la hubieran plantado ellos.

Esto es todo lo que sabemos de los chavales.

Estamos furiosos. No solo se han paseado por el Local y han robado las macetas a plena luz del día. También se han burlado del espacio y de nuestra forma de vida en común. ¿Habría dejado Nicolás el trapero que le robaran la máquina de coser delante de sus narices.

ces? Tenemos que dar con los chavales. No puede ser que, como la maría era de todos, su cuidado no fuera de nadie y nos la dejáramos quitar.

OLORES

La afonía de Elena de teatro no mejora y estamos a la espera de algún cambio. Nuestra compañera sigue sin voz y ahora quiere oler a limpio como la casa donde va a cuidar a los niños. Le hemos dicho que una casa en la que es necesario cuidar tanto a los niños no puede oler bien. Elena nos escribe en su libreta que no tenemos ni idea y que ella quiere oler a limpio como las sábanas de su señora.

Elena lleva meses sin voz. La causa, según el médico joven, es la cantidad de bobadas que nuestra compañera ha de escuchar en la casa rica donde trabaja. Estamos preocupados y es necesario ayudarla. Por eso hemos bañado a Elena entre todos y a conciencia. La hemos perfumado con esencia de almizcle. Una compañera le ha prestado una falda color canela que tenía por estrenar.

Después del baño y los arreglos, Elena se ha olido frente al espejo. Se ha llevado a la nariz la palma de las manos, el interior del brazo, su pelo húmedo. Luego ha escrito en su libreta que no huele ni de lejos como las sábanas de la señora.

Como Elena no sabía decirnos qué olor era ese, hemos ido al almacén de Tomás el vinatero que, ade-

más de anciano, es ciego. Le hemos preguntado a qué huelen las sábanas del Barrio Alto. Él ha permanecido unos minutos con los ojos abiertos, brillantes, recordando quién sabe qué. Luego Tomás el vinatero ha dicho que las sábanas del Barrio Alto huelen como sus dueños, diferente.

Así las cosas, parece que la afonía de Elena va para largo. Sólo nos queda esperar alguna reacción en nuestra compañera. Si alguien dispone de libretas reciclables, que las lleve al Local.

EL REGALO

Ayer nos despertamos con el alboroto de la noticia. Había un burro junto a la puerta del Local.

Bajamos a la calle y vimos el burro. Estaba atado a la reja de la puerta y comía manzanas viejas de un cesto que le colgaba del cuello. Como no sabíamos quién lo había dejado allí, lo aseguramos a la reja y subimos a desayunar. Cada poco bajábamos a ver si seguía comiendo manzanas del cesto.

A medio día empezamos a pensar que lo habían abandonado. Pero nadie abandonaría un burro sano. Comprobamos sus patas, le examinamos los dientes y el pelo suelto de las crines. Le dimos unas palmadas en la grupa. Entonces alguien comentó que quizá se tratara de un regalo. Todos miramos de nuevo al burro. Tenía unos enormes ojos color caramelo. Sin duda se trataba de un regalo. Le pusimos Salomón porque el padre de una compañera había tenido de niño un caballo que se llamaba Salomón. Lo llevamos a la parte de atrás de la casa. Hacía falta un barreño grande para darle de beber. Lo bañamos. Rebuzzaba que daba gusto. Llegaron los hijos de unos vecinos y les ayudamos a subir al burro. Primero de uno en uno, luego por parejas porque se había hecho una larga fila de niños que

quería montar en burro. Por la tarde le dimos una vuelta por el descampado. En el camino surgieron multitud de planes para sacar partido al burro en la fiesta del solsticio de verano. Cada ocurrencia parecía mejor que la anterior. Dejamos a Salomón en la caseta de aperos para que no pasara la noche a la intemperie. Nos fuimos a la cama pensando en la cantidad de cosas bellas que se podían hacer con el burro en las fiestas del solsticio.

Esta mañana hemos paseado por el barrio con Salomón. Queríamos que los vecinos lo vieran. Al pasar por delante del corral de Josefina hemos tocado a su puerta. Josefina es una viejita que hace unas gachas bien ricas. Hay que hablarle a gritos porque está sorda del todo. Ella ha aparecido por la puerta del corral arreglándose el pelo. Aunque no oye nada nuestra vecina es muy coqueta. No dejaba de mirar al burro. Le hemos dicho que se llamaba Salomón y que nos lo habían regalado. Miraba sin comprender, primero al burro y luego a nosotros. «Es un regalo, Josefina», le hemos repetido a gritos. Entonces le ha cambiado la cara. Ha sonreído mostrando las encías y nos ha dado un beso a cada uno. Le ha acariciado la cabeza al burro y han desaparecido juntos tras la puerta del corral. Después del beso que nos ha dado Josefina, no teníamos fuerzas para explicarle el equívoco. Estaba tan contenta con su burro que se le ha olvidado despedirse de nosotros.

Hemos vuelto al Local un tanto desanimados por la cantidad de ideas que surgieron ayer tarde, cuando aún teníamos el burro. Las novedades que imaginábamos para la fiesta del solsticio. Íbamos callados y algo

tristes por lo poco que nos había durado el regalo. Hasta que un compañero ha dicho que, a fin de cuentas, el burro no era necesario. Él se compromete a hacer de burro para la fiesta del solsticio de verano.



GOODYEAR

De esta manera acompañamos a Alejandro en su paseo nocturno.

Hay que salir de noche, cuando Alejandro hace caja y echa el cierre de la barbería. El paseo es largo hasta las callejuelas estrechas del centro y solemos llegar tarde.

No quedan muchos clientes en la cafetería a esas horas. Nosotros pasamos al fondo. Pedimos unas cervezas acodados en la barra. Alejandro nunca pide nada y enseguida nos reclama unas monedas. Al principio hay de decirle que no, que llevamos prisa. Pero él insiste, alza la voz y los clientes nos miran.

Cuando Alejandro consigue las monedas, sale a la calle con la excusa de que se aburre. Fuera, pegado al escaparate de la cafetería, hay un cochecito de carreras con pinta de averiado. Tiene unas pegatinas de Goodyear sobre las ruedas traseras. Alejandro planta la mano sobre el cochecito para que no se lo quite nadie y espera su momento. Sólo cuando ve venir alguna pareja paseando por la acera, se encarama al coche, echa una moneda, pasa las manos entre las rodillas y se agarra al volante de su Goodyear.

A veces no ocurre nada y la espera se hace larga. Nosotros estamos ahí para decirle al camarero que por favor salga a la calle, abra el cajetín y devuelva a Alejandro su moneda. Pero el camarero se abochorna, no quiere salir y Alejandro aguarda todo ese tiempo encogido en su Goodyear. Otras veces hay suerte y, al echar la moneda, el cochecillo se encabrita, lucen los intermitentes y la cabeza de nuestro barbero se pone a trotar al ritmo de una música estrafalaria.

Es imposible estar en la cafetería, y no fijarse al menos una vez en la escena, en el trote cadencioso del cochecito, en los gestos inequívocos de nuestro amigo. Pero los clientes hacen como que no miran y eso nos divierte. Alejandro disfruta entonces de su momento de intimidad. Nosotros estamos ahí para, llegado el caso, contener al camarero. «Déjale hombre, qué más te da, son sólo unos minutos». Pero no son unos minutos y da gusto verle gozar hasta que se masturba.

Pasado un tiempo, Alejandro entra de nuevo en la cafetería limpiándose las manos con su pañuelo. Carraspea, paga la ronda con una buena propina y nos vamos.

Muchas veces, de regreso a casa, queremos decirle a nuestro barbero que entendemos su capricho. Pero sería mentira y, además, él vuelve tan dichoso de su paseo nocturno que no estamos seguros de que nos oyera.

LA ACEQUIA

La acequia cruza el barrio de lado a lado. Pasa por nuestro huerto, atraviesa las fincas de los vecinos, discurre por detrás de la escuela, junto al parque de columpios, por la plaza del castaño viejo y se hunde bajo tierra a la altura de las vías, camino del barrio de La Ventura. En nuestro tramo la acequia tiene buen caudal. Sólo le faltan algunos peces para asemejarse a un río.

Una mañana vimos pasar por la acequia, bajo las tablas de nuestro huerto, una escudilla de madera. Giraba con la corriente como una cáscara de nuez. En su interior iba dando vueltas un libro sin tapas. Corrimos acequia abajo y alguien consiguió pescarlo sin que se mojara. Era un libro de cuentos de Mrozek. Lo leímos esa noche como quien abre un regalo.

A la mañana siguiente, liberamos la escudilla junto a las tablas de la acequia. En lugar del libro, pusimos en su interior una vela de colores. Cuidamos de que no se tumbara para proteger la mecha. Luego corrimos en dirección a las vías, donde acaba nuestro barrio y la acequia se hunde bajo la tierra. Esperamos en el último recodo a ver pasar la escudilla con nuestra vela de colores.

Estuvimos unas horas. Ni rastro de la escudilla. Quien quiera que lo haya pescado pertenece a nuestro barrio y además le gustan las velas.

Desde ese día nos turnamos para vigilar la acequia en su tramo final. No esperamos ningún otro regalo. Sólo tenemos el deseo de avistar la escudilla. Y la curiosidad de saber en qué se ha convertido nuestra vela de colores antes de que la acequia lo hunda bajo la tierra, camino del barrio de La Ventura.

SUCURSAL ABANDONADA

Los vecinos del número diez tienen un problema de ruidos con la sucursal bancaria de la planta baja. La sucursal hace tiempo que cerró y ya no queda nada tras los cristales que recuerde a una oficina bancaria.

La gente mayor del barrio aún se lía a bastonazos con los escaparates de la sucursal. La insultan al pasar y escupen y lanzan peroratas a voz en grito contra el antiguo director. Hace unos meses todavía un despistado estampó una hormigonera contra la fachada. La gente bajó a la calle pensando que había sido una bomba.

En su momento, los vecinos del número diez colocaron bajo los rótulos del banco una pancarta enorme que decía: "SUCURSAL ABANDONADA". Todavía sigue ahí y cualquiera lo puede leer. Pero la gente mayor del barrio tiene memoria y no se deja engañar por las pancartas.

Les hemos sugerido que arranquen los rótulos del banco y descuelguen la pancarta para suprimir cualquier huella del pasado y evitar los ruidos. Pero los vecinos del número diez tienen su orgullo y no quieren descolgar la pancarta. Se empeñan en recordarnos que fueron ellos, armados con palos y piquetas, los que un

día invitaron al director a abandonar la sucursal y por eso está cerrada.

EL CENSO

Unos ingenieros del Barrio Alto se presentaron en la junta vecinal. Querían que les ayudáramos a realizar un censo de todos nuestros gatos.

Nos pareció ridículo que unos pocos animales fueran objeto de estudio. Así que aceptamos la petición de los ingenieros y escribimos, no sin cierta vanidad, una lista con los nombres de los gatos que conocíamos en el barrio.

La lista no satisfizo en absoluto a los ingenieros. Los gatos más viejos aparecían varias veces con distintos nombres. A los cachorros aún no se les llamaba de ninguna manera y solo pudimos apuntar el lugar donde acudían a comer. Varios vecinos incluyeron en la lista perros, gallinas y hasta el nombre de algún puerco.

Los ingenieros nos dijeron que debíamos completar la lista escribiendo, junto al nombre de cada gato, el domicilio de sus propietarios. Les quisimos explicar que los gatos de nuestro barrio no tienen domicilio y mucho menos propietario.

Volvieron los ingenieros a nuestra junta vecinal. Ya no traían la lista con los nombres de los gatos. En su lugar desplegaron un mapa de grandes dimen-

siones en el suelo. Nos pidieron que marcáramos en el plano los límites de nuestro barrio. De esta manera, dijeron, todos los gatos que se hallaran dentro de esos límites serían de nuestra propiedad.

Juntamos las cabezas sobre aquel gran plano. Algunos discutíamos sobre lo desactualizado del mapa, otros se perdieron intentando localizar las vías del tren, la acequia o el huerto de algún conocido. No nos pusimos de acuerdo sobre las lindes del barrio. Todos sabemos de algunos bloques cuyas gentes una semana acuden a nuestra junta vecinal y, la semana siguiente, a la junta del barrio de al lado. También los hay que no acuden a ninguna junta. De estos últimos no sabemos en absoluto a qué barrio pertenecen.

Se marcharon los ingenieros del Barrio Alto y ha llegado una cuadrilla de veterinarios. Se les ve a menudo con sus batas abiertas corriendo por las calles detrás de los gatos. Cuando agarran a uno, le ponen la vacuna y le grapan en la oreja un arete identificativo que luego nosotros le quitamos con cuidado.

Barrabás, una gata gris perla bien tranquila, ha aparecido muerta estos días. Tenía las orejas desgarradas, señal del número de veces que la habían pinchado los veterinarios.

LA COCHERA

Gui, de Cineforum, lleva unas semanas con la tristeza dibujada en la cara. Tiene abandonadas todas sus ocupaciones. Apenas llega al Local se encierra en su cuarto o se echa a dormir en el sofá de la sala. El motivo parece claro: nuestro compañero se agota en el trabajo. Pasa diez horas al día encerrado en una cochera redactando informes para un médico del Barrio Alto. No habla con nadie en esas diez horas. No tiene luz natural. Y hace tanto frío en la cochera que Gui escribe los informes con mitones y un gorro de lana.

Le hemos preguntado a Gui por qué no se despide. «Marcharse no arregla nada», nos dice.

Fuimos a visitar a Gui a su lugar de trabajo. Los portones metálicos estaban todos cerrados. El de nuestro compañero era el segundo de la fila empezando por la derecha. Llamamos con los nudillos y Gui nos abrió con el miedo reflejado en la cara. Más de la mitad de la cochera lo ocupaba un coche todoterreno cubierto con una funda polvorienta. La silla y la mesa de Gui estaban en un rincón, detrás del todoterreno. Había un fluorescente encima de su cabeza.

Regresamos a nuestra casa y volvimos con una maza y la radial. Rompimos con la maza la ventanilla del todoterreno y lo sacamos a la calle. La radial no

valió de nada porque no había enchufes. Entonces oímos unas voces en la cochera contigua. Gui no sabía que hubiera gente al otro lado. Salimos a la calle pero el portón de los vecinos estaba cerrado con llave y no hubo manera de comunicarse con ellos.

Nos metimos otra vez dentro. Dibujamos el perfil de una puerta en la pared que unía las dos cocheras. Dimos unos golpes de aviso y fue Gui quien repartió los primeros mazazos. Disfrutaba de lo lindo con el ejercicio físico. El tabique era tan endeble que enseguida abrimos un boquete por donde pasar sin agacharnos. Al otro lado había gente. Siete mujeres dormitaban sobre unos colchones en un espacio idéntico al de Gui. Nos miraron con sorpresa y recelo. Pero cuando les propusimos tirar la pared que nos separaba de la siguiente cochera, las mujeres rivalizaron por agarrar primero la maza.

Tiramos los tabiques que separaban cada una de las cocheras. Algunos espacios servían de almacén o de taller clandestino, otros estaban vacíos. En el último encontramos baúles frigoríficos con carne congelada en buen estado. Como ya éramos muchos, nos organizamos para retirar los escombros, poner en orden las zonas comunes y pulir las jambas para que los niños no se arañaran al pasar corriendo de una cochera a otra.

Han despedido a Gui de su trabajo. Le ha mejorado la cara y ahora puede dedicarse a las cosas que le gustan. Seguimos en contacto con la comunidad de Las cocheras. Les hace falta un abogado. Por si alguien quiere echar una mano, también necesitan dos retretes, una lavadora y algún vecino que entienda de bajantes y cajas de electricidad.

AUGURIO

Han visto la imagen fugaz de Lusitania en el mercado de las vías. Es una noticia magnífica y a la vez extraña. Después de tantos meses sin saber su paradero, imaginábamos a Lusitania muy lejos de nosotros.

Le vieron pasar en el segundo tren de la mañana. Lusitania iba sentado en el último vagón como un viajero más. Sonreía tras el cristal de la ventanilla y saludaba con su gorra a la gente de los puestos. Vecinos de uno y otro lado de las vías le reconocieron: la echadora de cartas del barrio de La Ventura no tiene dudas de que era él, Nicolás el trapero y la mujer que arregla bicicletas en el mercado de las vías también dicen que era él.

Horas después de la visita de Lusitania, el tren arrolló una cabra en las vías. El accidente dio lugar a una disputa. La dueña de la cabra estaba cerrando el trato con un vecino y, cuando la locomotora despanzuró al animal, ninguno de los dos quería hacerse cargo de la cabra.

No sabemos si es buen o mal augurio. Lo cierto es que el tren que llevaba a Lusitania por la mañana, mató a una cabra por la tarde. Algunos sostienen que la cabra simboliza la libertad y la locura, aunque otros tienen sus dudas al tratarse de una cabra muerta.

Nosotros pensamos que Lusitania se ha dado el capricho de acabar sus días tal y como vino al mundo, viajando en un vagón de tren. Por eso nos saluda desde la ventanilla y quizá no sea la última vez que lo haga.

El viernes que viene hay organizado un encuentro en el Local para celebrar la visita fugaz de Lusitania. Queremos correr la voz y avisar a sus amigos. Vendrá también su nieto el médico. Añadiremos una cabra blanca a alguno de sus murales. Alguien ha propuesto actualizar el mural del reno, borrarle las astas y transformarlo en una cabra. Será una fiesta de bienvenida. Elena de teatro está buscando el bastón combado de Lusitania para hacer parodias de su cojera.

EL POZO

Una cuadrilla de autoempleo ha venido al Local a proponernos un trueque. Ellos nos instalan el agua corriente en el segundo piso y nosotros les damos a cambio unas cestas de verduras.

Al parecer, con una bomba eléctrica es sencillo tomar el agua de la acequia y canalizarla con unas tuberías por la fachada trasera hasta la ventana del baño del segundo piso. Dicen que, con unas derivaciones, bastará abrir el grifo del baño para tener agua abundante de la acequia. Es tan sencillo que quieren hacernos una demostración.

No se ha llegado a concretar el número de cestas de verdura que les daríamos a cambio del agua de nuestra acequia. En cualquier caso, el trueque parecía tener ventajas evidentes. Al menos hasta que se ha marchado la cuadrilla de autoempleo.

La acequia pasa por detrás de nuestra casa y de noche tiene buen caudal. En primavera y en verano baja menos agua cuando los vecinos del barrio riegan sus huertos.

Nosotros nos hemos bañado siempre con los baldes que subimos del pozo. Su agua es fresca todo el año y, a veces, cuando la acequia trae poco caudal, tam-

bién la utilizamos para el riego de la huerta. Tenemos miedo de que, al dejar de usar el agua del pozo, algo cambie en sus profundidades y se nos seque.

Por otro lado, a nosotros nos da cierto gusto llenar los baldes con el agua del pozo. Los subimos en parejas hasta el baño del segundo piso. Siempre lo hemos hecho de este modo. En verano, resulta divertido echarnos unos a otros los baldes de agua por encima de la cabeza. En invierno, apenas nos bañamos.

No existe una razón lógica para rechazar el trueque y sus ventajas evidentes. Aun así, habrá que discurrir un buen argumento para cuando vuelva la cuadrilla de autoempleo. Su demostración sobre las ventajas de llevar el agua de la acequia al baño del segundo piso será, sin duda, irrefutable.

ÚLTIMA HORA

Esta noche se organiza una acción en el Barrio Alto para impedir nuevos desalojos vecinales. Se decidió en la Interbarrios del domingo, tras una hora larga de deliberaciones y estrategias. Estábamos allí casi todos los fijos del Local. Hicimos un corrillo aparte y nos pareció razonable apoyar la acción. Nos comprometimos ante la asamblea a llevar los botes de pintura roja y un racimo de candados. Pero eso fue el domingo.

El martes, nuestra compañera Mery comentó en el desayuno que no le apetecía acudir a la acción del Barrio Alto. No sabía por qué, pero no le apetecía. Los demás no le dimos importancia porque el martes amaneció con frío y lloviendo a cántaros. A nadie le apetece cargar con unos botes de pintura en plena noche si piensa que va a llover a cántaros.

Pero el miércoles escampó y a Mery seguía sin apetecerle acudir a la acción contra los desalojos. Ahí nos dimos cuenta de que no era un capricho pasajero y que a nuestra compañera no le apetecía acudir a la convocatoria ni con sol ni con lluvia. Así que dejamos a Mery a su aire. Fuimos donde Nicolás el trapero a recoger los botes de pintura y el racimo de candados. También lavamos unas brochas que alguien encontró

en la caseta del huerto. Por la tarde, hicimos una visita a Tomás el vinatero que, además de anciano, es ciego. Le preguntamos por el tiempo que iba a hacer las próximas noches. O no lo sabía, o no quiso decírnoslo. Eso fue el miércoles.

El jueves no pasó nada.

Hoy viernes, cuando faltan unas horas para la convocatoria contra los desalojos vecinales, a ninguno nos apetece subir al Barrio Alto, ni con botes de pintura ni sin ellos.

Así pues, dejaremos los botes, el racimo de candados y las brochas junto a la puerta trasera del Local. Por si a algún vecino le apetece llevarlos esta noche a la acción contra los desalojos.

TOMASINA

Ayer falleció Tomasina, nuestra panadera. Tenía 73 años.

Siempre fue un espíritu rebelde. Vivió de cerca la decadencia del barrio. Participó en las primeras juntas constituyentes y, hasta hace sólo unas semanas, era parte activa en nuestra asamblea vecinal.

La recordaremos en su puesto de bizcochos de las fiestas. Sus roscas brillantes de azúcar tenían fama en la comarca porque las adornaba con monigotes lujuriosos para disfrute de los niños.

Pero a Tomasina la echarán de menos, sobre todo, sus amantes. Tenía muchos y apenas le hacía falta dormir. En la panificadora, ella soñaba de pie amasando la harina. Por la noche se entregaba con placer a sus enamorados.

Todas las madrugadas del año, Tomasina cruzaba el barrio camino de la panificadora. La oíamos pasar, silbando y tocando el timbre de su bicicleta. En su lecho quedaba siempre algún amante adormilado. Cuando Tomasina se marchaba a su trabajo les pedía una última caricia y la promesa de abandonar la casa antes de que ella volviera.

Hacía buen pan. Y también por eso la recordaremos.



EL TRÁFICO DE LA ACEQUIA

Descubrimos en nuestra acequia un libro de cuentos. Iba corriente abajo sobre una escudilla camino del barrio de La Ventura. Cambiamos el libro de cuentos por una vela de colores y dejamos que la escudilla siguiera su curso. Desde entonces, nos fijamos más en la acequia.

Hemos visto pasar unas medias de lana, un frasco de mermelada de higo, un muñeco arlequín al que le faltaba la cabeza. Moussa dijo ver un tren de escudillas unidas con un cordel. Pero eso sólo lo ha visto Moussa y no le dio tiempo a pescarlo.

Como la frecuencia de las escudillas aumentaba, fuimos al mercado de las vías. Allí nos enteramos de que, acequia abajo, el tráfico es mayor. También supimos que, en el barrio de La Ventura, a las escudillas les llaman cunas porque aparecen cubiertas con un paño bordado de color blanco. De este modo se agranda el misterio y la pesca es más divertida. Al parecer, hay cunas de madera, de latón, alguna de barro cocido. Pasan a diario por la acequia. Cuando alguien pesca una cuna en el barrio de La Ventura, los demás vecinos corriente abajo hacen como que no miran. Prefieren esperar unas horas y recibir el regalo de la acequia sin saber quien lo envía.

Se está organizando una gran fiesta al aire libre entre los barrios que compartimos el agua. Para intercambiar algunas técnicas y agradecer a la acequia los dones que nos trae.

EL ENTIERRO DE TOMASINA

Hemos enterrado a Tomasina, nuestra panadera. Ella quiso que, al morir, la dejaran descansar junto a los suyos. Así que subimos todos al cementerio para despedir a Tomasina. La comitiva era larga pues llegaron sus amantes de otros barrios. Convinimos en que fueran los amantes quienes se turnaran para cargar con el cajón.

Como no hubo acuerdo sobre el lugar donde debía ser enterrada Tomasina, nos sentamos a comer en un claro del cementerio. Después de la siesta cogimos las palas. Nuestra intención era enterrarla junto a sus amantes fallecidos, pero la mayoría de las sepulturas estaban ocultas bajo la maleza. Apartamos las malas hierbas de un buen número de lápidas. Dimos con algunos de los amantes de Tomasina aunque estaban muy dispersos. Hicimos otra pausa. Disfrutamos de los dulces y del café de los termos en recuerdo de Tomasina. Alguien dijo que se hacía tarde y que debían ser los amantes vivos quienes decidieran ya el lugar del enterramiento. Se sentaron a debatir alrededor de la difunta. Eran muchos y no se ponían de acuerdo. Comimos más dulces. Hasta que una mujer pequeñita se puso de pie encima del cajón y habló claro. Nunca le

importó compartir el amor de Tomasina en vida, dijo, y tampoco la quería en exclusiva ahora que estaba muerta.

Por si alguien quiere subir a verla, hemos enterrado a Tomasina la panadera bajo la sombra de unos chopos al final del cementerio. A los amantes les pareció un lugar agradable y con la tierra suelta. Antes de marchar, recogimos unas piedras blancas y las colocamos a modo de mosaico a los pies de la tumba de Tomasina. Las piedras dibujan la silueta borrosa de una mujer con las piernas separadas y los brazos en jarras. Para identificar la sepultura de nuestra amiga y que no se pierda en la maleza.

EL CAPRICHO DE LOLA

Los admiradores de Lola queremos tener un detalle con nuestra amiga. Ella nos regala su cuerpo cada noche y le estamos por ello más que agradecidos. Aún con el abrigo puesto, Lola se columpia que es una delicia. Nos gustaría corresponderla. Tenemos ese capricho y le vamos a dar una sorpresa.

El problema es que Lola nunca quiere nada. Si le comentamos que la fachada de su casa necesitaría una mano de cal, ella contesta: «me gustan los desconchones». Si sugerimos hacerle un homenaje en la fiesta de la primavera, ella dice: «mejor para el verano». Y no sabemos si Lola sólo se interesa por su columpio o es que no acertamos con las propuestas.

Una vecina le oyó comentar en el parque que, de pequeña, nunca había tenido una bicicleta. No sería propiamente un deseo pero, tratándose de Lola, era mucho más de lo que necesitábamos.

Buscamos una bicicleta vieja. Le hicimos unos arreglos. La pintamos de azul cobalto. Un vecino le puso un timbre que suena igual que el larguero del columpio cuando ella se balancea. Se la dimos una noche después de la actuación en el parque infantil y pareció que le gustaba. Alguien le preguntó si habíamos acer-

tado con el azul cobalto o prefería otro color. «Así esta bien», nos dijo Lola.

Desde entonces no la hemos visto ni una sola noche llegar al parque con su bicicleta. Tampoco se la ve con ella por el barrio.

Lo último que se habla es que Lola no sabe montar en bicicleta. Que se columpia como una diosa pero nadie le ha enseñado a dar pedales. Puede ser. Algunos admiradores se han ofrecido a darle unas clases prácticas. Otros están buscando unos ruedines para instalarlos en la bicicleta de Lola. No sabemos si, por vergüenza, ella va acceder a montar con los ruedines.

Los admiradores de Lola no estamos satisfechos y seguimos con la idea de tener un detalle con nuestra amiga. Algo que de verdad le guste. Si alguien tiene alguna propuesta que maniobre con discreción. No sea que Lola se entere y se pierda la sorpresa.

RITA

Tenemos una nueva compañera en el Local. Se llama Rita y no le gusta que la traten como a una niña.

Si en el desayuno la ayudamos a destapar el frasco de las galletas de avena, ella nos mira con aire aburrido y se niega a comer galletas. Si alguno la aupa para alzar una persiana, ella se revuelve, echa los pies al suelo y sale corriendo al huerto para disfrutar por sí misma de la claridad del día. Nuestra compañera va a su aire, apenas se hace notar, pero le molesta que la gente se anticipe a sus pesquisas.

Apareció el domingo en el taller de pintura. Algunos ya la habían visto por el Local otras veces aunque la mayoría no nos fijamos en Rita hasta el domingo. Estaba sentada en el suelo, compartiendo los pinceles junto a otros niños. Fue entonces cuando levantó la cabeza, se acercó a la cocina y trajo la escalera a rastras. Con ayuda de la escalera se encaramó al armario de los abrigos y, desde allí arriba, abrió la ventana de par en par. Enseguida notamos el aire fresco en toda la sala. Moussa se acercó a ella y estiró el brazo. «¿Te ayudo a bajar?», dijo. «Es para que no os duela la cabeza con el olor de las témperas», contestó Rita. Se movía como un gato. No daba la impresión de correr ningún peligro allí

arriba. Cuando se aburrió de mirarlo todo desde las alturas, Rita bajó del armario por la escalera y se sentó otra vez entre las cartulinas. Los demás niños llevaban las manos y las perneras del pantalón manchadas de pintura. Rita parecía que no hubiera tocado las tómperas.

No se ha cambiado de ropa desde que está con nosotros. Ella no ha traído ni una muda en su mochila, y nosotros no tenemos una mala camiseta de su talla que le podamos prestar.

Cuando le preguntamos dónde vive, Rita nos dice que se va a su habitación a echar la siesta. Cuando queremos averiguar quién la cuida, ella se ofrece a hacernos espaguetis con higos para la merienda. Le estamos construyendo a escondidas una silla alta para que llegue mejor a la mesa. Tendremos que dejar la silla como por descuido en algún rincón y que Rita la descubra por sí misma.

Si alguien acude al Local estos días, que no se le ocurra preguntar quién es esta niña tan guapa. No hay nada que la subleve más.

LAS OCTAVILLAS

Fuimos a visitar la comunidad de Las cocheras. El espacio ha cambiado mucho desde que les ayudamos en el derribo de los tabiques. Los dormitorios comunales son ahora amplios y cómodos. Las cocheras centrales están dedicadas a los talleres y la cocina. En el salón de recreo celebran sus fiestas y reuniones. Los ocupantes de las cocheras se han establecido en colectividad y fue un placer descubrir sus avances.

Después de la visita, nos sentamos con algunos mayores que escogían lentejas en el salón de recreo. Nos ofrecieron té. Había en el centro una estufa de hierro donde calentaban el té. En un canasto de mimbre junto a la estufa vimos unas copias de nuestras hojas volanderas. Estaban arrugadas debajo de unas astillas y otros papeles para el fuego.

Les señalamos a los mayores el cesto de mimbre: «¿habéis leído las octavillas?». «No», respondió uno cuando supo a qué nos referíamos.

Llegaron tres niñas corriendo. Se sentaron en la única silla vacía y nos miraban entre risas.

Pensábamos que las hojas volanderas eran útiles para los vecinos y queríamos saber por qué ellos no

las leían. «¿No os interesan?», preguntamos. «Para el fuego», dijeron.

Las tres niñas se empujaban para no caerse de la silla y la del centro nos miraba con aire triunfal.

La conversación no avanzaba.

Una mujer echó en el mandil las lentejas buenas y se levantó de la silla camino de las cocinas. «Los que leen mucho faenan poco», nos aclaró antes de desaparecer por la puerta.

Les dimos las gracias por el té y nos marchamos de vuelta al Local. Llevábamos en la mochila unas copias de la última volandera pero no les dijimos nada.

EL NACIMIENTO

Julia la curtidora ha tenido un hijo. Muchos vecinos acudimos a su casa para celebrar el nacimiento. Cada cual llevó lo que pudo: conservas, cerveza de la destilería, vino, guisos ya preparados, fruta, dulces y ensaladas. Todo quedó apuntado al detalle en la lista de regalos.

Bajo la carpa y en fila india, los vecinos fuimos conociendo a la criatura, ofreciéndole nuestras mejores palabras y deseos. Cuando ya estábamos todos, Julia se puso en pie y le dio nombre a su hijo: Lusitania chico. Todos celebramos la noticia y repetimos el nombre para que no se olvidara. Lusitania chico. Después aún llegaron más vecinos. Las mesas estaban repletas de fuentes y de guisos. Bebimos y bailamos hasta hartarnos.

Ya era bien tarde cuando comenzó la despedida. Los vecinos se abrazaban y alguno con una copa de más quiso besar a Lusitania Chico. Pero el niño ya estaba dormido. Nadie se marchó sin saludar antes a Julia la curtidora. Ella, aún débil, consultaba la lista de regalos y devolvía a cada vecino una parte de lo que no se había consumido, según su aportación. La fiesta fue tan espléndida que aún hubo guisos, dulces y licores para los vecinos que no habían podido aportar nada.



MIGUEL BRIEVA

Elena de teatro ha recuperado por fin la voz. Sucedió ayer por la tarde mientras pelábamos almendras junto a la acequia. Estábamos sentados en círculo. En el centro del círculo había dos montones: uno de almendras enteras y otro de cáscaras. Sólo se escuchaba el agua de la acequia y el golpe seco de nuestras piedras contra el suelo.

Entonces Elena habló: «Quiero ser Miguel Brieva», dijo como si continuara una conversación a medias.

Nos quedamos quietos. Hacía meses que nuestra compañera no soltaba una palabra. Guardamos las piedras a nuestra espalda y la miramos con atención sin hacer un movimiento. No dijo más. Llevaba colgada del cuello su libreta, en ella apuntaba lo que no había manera de explicar con gestos. Se arrancó la libreta del cuello y la echó al montón de las cáscaras.

Tomamos de nuevo las piedras y seguimos pelando almendras como si nada. Elena había hablado poco pero, después de tantos meses, la mayoría entendíamos que le diera pereza explicarse más.

Al rato, alguien se atrevió a preguntarle: «¿Y por qué Miguel Brieva, Elena?». Todos apartamos otra vez las piedras salvo ella, que tomó una almendra del

montón, la puso de canto en el suelo y la abrió con un golpe seco de su piedra. «Para ser yo», dijo.

Y eso fue todo. Ya no habló más.

Estamos muy contentos de que nuestra compañera haya recuperado por fin la voz. Sólo nos fastidia que, con lo que tiene por contarnos, Miguel Brieva sea persona de tan pocas palabras.

EL TENDERETE

De esta manera levantamos un tenderete en el mercado de las vías y a nosotros nos funciona.

Lo primero es reunir los palos, las maderas, los tablones -cuanto más largos y derechos, mejor-, las cuerdas, los plásticos, las escarpas y es lo que nos lleva más tiempo. Cuando tenemos casi listos los materiales, nos organizamos en grupos. Unos se dedican a buscar un espacio amplio, separado en lo posible de las vías para no rehacer el tenderete a cada paso de los trenes. Otros saludan a los vecinos de los puestos de al lado. Les preguntan por dónde bajará la rambla cuando lleguen las lluvias. Les preguntan a qué horas pasa por allí la autoridad.

A los últimos sólo les queda delinear el tenderete en el suelo de arena. Lo trazan con un palito y a su gusto, con sus pies de ancho y sus pies de largo, con sus mástiles en las esquinas y los travesaños finos de lado a lado atados en cruz. No se nos olvida el banco de madera en el interior del puesto, para sentarse a la sombra en las tardes de verano y conversar con las gentes que pasean por el mercado de las vías.

Se levanta el tenderete y en eso ayudamos todos. Luego traemos los fardos de ropa. Se cuelgan de

los travesaños los vestidos, las camisas, los foulards, escogiendo los más vaporosos para el frontal del tenderete. Dejamos a la izquierda un hueco libre que hará de puerta. Por ella entrarán los vecinos a probarse las prendas. Por ella saldrán a ver sus colores alegres al sol de la mañana. Los fardos sobrantes se dejan fuera, junto a la puerta, y sobre ellos nos sentamos una vez finalizado el trabajo.

A la espera de los primeros clientes, algunos pasan dentro y se prueban los vestidos más audaces, se intercambian las faldas entre risas, se ayudan con una cremallera que no acaba de subir. Los demás observamos desde fuera el baile continuo de ropas, los cuerpos entre las telas. Esta visión inspiradora es la mejor prueba de lo bien que nos ha quedado el tenderete.





ÍNDICE

LA CASETA DEL HUERTO	7
LAS BUTACAS	9
LAS VÍAS	11
LAS VELAS	13
LA ESTUFA	15
LUSITANIA	17
LA TERRAZA	21
LA MÁQUINA LANZAPELOTAS	23
ILUMINACIÓN	25
HIPÉRICO	27
LAS TEJAS	29
EL FUNCIONARIO DE CORREOS	31
NICOLÁS	33
COORDINACIÓN	35
EL PONCHO	37
EL APAGÓN	39
EL EXTRANJERO	43
LA INCURSIÓN	45
LA COOPERATIVA DE TABACO	47
APOYOS	49
LA AVERÍA	51
LA MALETA	53
EL ABANDONO	55
CAMPANADAS	57
SOMBRAS CHINESCAS	59
EL GRILLO	61
EL INVITADO	63
ELENA DE TEATRO	65
LA ALAMBRADA	67
LA CHARLA	69
EL CEMENTERIO	71
EL COLUMPIO DE LOLA	73
LA MARÍA	75
OLORES	77
EL REGALO	79

GOODYEAR	83
LA ACEQUIA	85
SUCURSAL ABANDONADA	87
EL CENSO	89
LA COCHERA	91
AUGURIO	93
EL POZO	95
ÚLTIMA HORA	97
TOMASINA	99
EL TRÁFICO DE LA ACEQUIA	101
EL ENTIERRO DE TOMASINA	103
EL CAPRICHIO DE LOLA	105
RITA	107
LAS OCTAVILLAS	109
EL NACIMIENTO	111
MIGUEL BRIEVA	113
EL TENDERETE	115



